

EN EL CENTENARIO DE KARL RAHNER: REFLEXIONES ANTE SU VIDA Y SU PENSAMIENTO

*Carlos García Hirschfeld**

1. Introducción

A manera de epílogo, la densa obra de Herbert Vorgrimler, *Karl Rahner, Experiencia de Dios en su vida y en su pensamiento*, aduce unas palabras del gran teólogo fundamental e historiador de la teología de los siglos XIX y XX, Heinrich Fries: “nunca debe ser olvidado el más grande testigo de la fe de nuestro tiempo”¹. Ese es el final; el comienzo de esa misma obra de Vorgrimler, una de las confesiones de fe que Rahner elaboró desde su saber teológico y su honda experiencia de Dios². Epílogo y prólogo justifican esta obra con la que se quiere conmemorar el centenario de Rahner y los veinte años de su muerte. También este breve artículo tiene la misma pretensión: presentar la vida y el pensamiento de quien para muchos ha sido el más grande teólogo de nuestro tiempo.

Necesito decir que yo no soy un teólogo. Mi profesión no es ésta. He sido y soy un lector empedernido y desde ahí llegué a Rahner. Y en él encontré respuestas y, sobre todo, me identifiqué con sus preguntas, preguntas humanas de cada día, preguntas religiosas que me hicieron pensar y con las que me identifiqué plenamente desde mi preocupación pastoral. Quizá baste esto para justificar por qué en la reflexión que quiero hacer me fijo en unos temas y no en otros, y excluyo, quiero excluir, lo que pueda sonar a elucubración académica para centrarme más en la dimensión pastoral que fue el móvil que me acercó a la obra de Rahner.

2. ¿Quién fue Karl Rahner?

“Si digo que nací el 5 de marzo en Friburgo, hijo de un profesor de instituto, que crecí en una familia cristiana, católica convencida, al que una valiente madre de siete hijos imprimió carácter, que hice los estudios normales... ¿qué sé yo propiamente de mis comienzos? Poco. Y este poco desaparece cada vez más en un pasado silencioso, cubierto por el esfuerzo cotidiano. En 1922 entré en la orden de los jesuitas. Después de 44 años de este comienzo se sabe que Dios fue bueno, que me fue fiel y yo pude serle fiel a él, y poco más”. Ésta es una de las veces que, de forma entrecortada, Rahner se presenta a sí mismo.

Desde 1937 a 1964 es profesor en Innsbruck. Ahí deja Rahner lo mejor de su enseñanza. Ahí vive junto a su hermano Hugo, cuatro años mayor que él, también jesuita y profesor, a quien Karl Rahner siempre tuvo como un referente en todo el itinerario de su vida. A Innsbruck volverá Rahner, una vez jubilado y ahí le sorprenderá la muerte.

Sabemos de sus más de 4.000 publicaciones, de los 16 volúmenes que componen los Escritos de teología, el *Curso fundamental sobre la fe*³, prácticamente su última obra sistemática,

* Jesuita. Trabaja en el Centro Universitario Padre Suárez de Granada.

¹ VORGRIMLER, H., *Karl Rahner. Experiencia de Dios en su vida y en su pensamiento*, Sal Terrae, Santander 2004, 351.

² Id., 11-27.

³ Editorial Herder, Barcelona 1979.

que recoge su enseñanza en Munich, de 1964 a 1967. Posteriormente enseñaría cuatro años en Münster, hasta su jubilación en 1971. Hay que valorar además su trabajo de editor del *Lexikon für theologie und Kirche*, *Sacramentum Mundi*, el *Diccionario Teológico*. Fue cofundador de la revista *Concilium*, la serie *Quaestiones disputatae* y *Mysterium salutis* (obras que serían impensables sin la colaboración de Rahner). Entre tanto han aparecido 11 volúmenes de sus obras completas. Pero la obra de Rahner, aparte de su enseñanza, debe ser rastreada en sus frecuentes apariciones en Congresos, Conferencias, Ejercicios Espirituales a sacerdotes, a religiosos, y su contribución en Jornadas de los más diferentes temas.

Papel aparte merecería lo que significó la presencia de Rahner en el Concilio Vaticano II. Acontecimiento que Rahner inicialmente acogió con escepticismo, pero que lo fue implicando más y más. Fue el Cardenal Franz König, de Viena, quien le rogó que fuera su consejero personal y, posteriormente el 24 de septiembre de 1962, Juan XXIII le nombró teólogo oficial del Concilio (*peritus*). Pero Rahner había sido antes considerado como un teólogo sospechoso, hasta el punto que sobre él y sobre su obra cayó una prohibición oficial de hablar y de escribir. Todo este proceso se fue amansando hasta el punto de pasar a ser uno de los ejes sobre los que se movió el Concilio en los temas más debatidos. Aparte su contribución a la Constitución Conciliar *Lumen Gentium*, destacada por todos los historiadores y estudiosos del Concilio, Rahner se hizo presente en temas como la teología del sacramento de la penitencia, la colegialidad de los obispos, el significado de las iglesias locales, la reinstauración del diaconado permanente. Colaboró también de un modo constatable en la Constitución *Dei Verbum*, sobre la revelación divina, en la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo, *Gaudium et Spes*, y en los decretos sobre vida religiosa, formación de presbíteros y las misiones.

Rahner tomó parte en los períodos de sesiones del Sínodo de los Obispos de Alemania Occidental, de enero de 1971 a noviembre de 1975, con una serie de declaraciones comprometidas. Quiso ofrecer al Sínodo un pequeño libro, construido sobre tres grandes círculos de preguntas: ¿Dónde nos encontramos?, ¿Qué hemos de hacer? ¿Cómo se puede pensar una Iglesia de futuro? El libro, *Cambio estructural de la Iglesia*, es seguramente la obra más leída de Rahner⁴.

3. ¿Por qué me ha llamado la atención la obra de Karl Rahner?

No hace falta cansarse mucho para descubrir pronto en Rahner un interés claramente pastoral. A Rahner preocupa que cada cristiano sepa responder de su fe en un mundo que ya no es cristiano. Esta preocupación y este interés le harán desembocar varias veces en lo que él llamó fórmulas breves de fe cristiana⁵. Como ya he dicho anteriormente el libro de Vorgrimler, *Karl Rahner. Experiencia de Dios en su vida y en su pensamiento*, se abre, a manera de prólogo con una Confesión de fe⁶. Reiteradamente va a insistir en la necesidad de que cada cristiano sepa responder de su fe, que frente a la increencia que nos rodea cada uno sepa exigirse y formular para sí y para otros lo decisivamente esencial del hecho cristiano. Rahner ofrece varias veces una definición de fe, más que de fe, de creyente: “cuando el hombre acepta su existencia con responsabilidad absoluta, y busca y espera el sentido de su vida con absoluta confianza, ya ha encontrado a Dios, llámeme como le llame”. Considero que estas palabras de Rahner condensan lo que él pensaba del creyente, de la necesidad de tomarse en serio la vida, y de la experiencia, del encuentro con Dios. Así mismo, insistirá en que tanto el teólogo como el predicador del evangelio sepan establecer una separación entre lo accesorio y lo esencial del mensaje y se esfuercen por

⁴ Ed. Cristiandad, Madrid 1974.

⁵ Cfr. el n° 23 de *Concilium*; *Curso fundamental sobre la fe*, 515-527.

⁶ Id., 11-18.

hacer comprensible dicho mensaje a los hombres de hoy.

Rahner ha sido un teólogo preocupado por el hombre, por este hombre y mujer concretos, en el que todos nos podemos ver un poco retratados: tan zarandeado, tan traído y llevado, tan metido en un mundo, en una historia, en una sociedad, donde la palabra Dios ha dejado de tener sentido. Para este hombre concreto ha querido traducir ese mensaje de salvación que, lo sepa o el hombre o no, lo quiera o no lo quiera saber, se ha dado irrevocablemente en Jesucristo.

Pero a este planteamiento que en justicia es necesario reconocer desde el principio, necesito añadir una razón personal. La destacó certeramente, con agudeza y acierto, con ocasión de la muerte de Rahner, José M^a García Escudero, en el entonces diario Ya de 1 de abril de 1984: “Rahner dio una nueva vida al espíritu de una generación en desamparo”. Pertenezco de lleno a esa generación. Tampoco pretendo, al poner énfasis en esta afirmación personal, dramatizar ni magnificar el desgaste, el vaivén de ilusiones y desilusiones, el sufrimiento de muchos de los que ahora mismo tenemos una determinada edad. Ha sido Rahner el que nos ha enseñado a saber mirar hacia atrás sin ira y comprender vitalmente que el futuro es siempre de Dios.

Quiero decir con esto que una generación determinada de cristianos y de sacerdotes nos vimos en un determinado momento histórico con unos determinados instrumentos conceptuales inadecuados para la situación cultural y espiritual de la sociedad en la que teníamos que vivir y a la que pretendíamos llevar algo del mensaje evangélico. Es justamente entonces cuando las ideas y posteriormente los escritos de Karl Rahner comienzan a circular entre nosotros.

Pero el interés por la obra de Rahner sobrepasa cualquier consideración estética. Un recorrido por los títulos de sus obras, artículos, conferencias, aportaciones a Congresos, ponencias, entrevistas pone permanentemente a nuestro alcance la visión aguda y la preocupación pastoral de este gran cristiano y sacerdote, cuyo centenario estamos celebrando. Lo nuevo y lo viejo están reiteradamente sobre el tapete: el Papa, los obispos, la cura de almas, la parroquia, la vida religiosa, la piedad, la oración litúrgica y la oración personal, la ascesis, el sueño y la vigilia, las apariciones, las devociones, los ángeles y los demonios, la presencia del cristiano en la comunidad política, la tradición, la vida del Espíritu, la experiencia del Espíritu, la presencia y el silencio de Dios, la Iglesia en diáspora, las pequeñas comunidades, la teología de la liberación, las necesidades inherentes a la historia de la salvación, los cristianos anónimos, por qué el varón es menos religioso que la mujer, el papel de la mujer en la Iglesia, el futuro de la Iglesia, los jóvenes, la comunidad universitaria como modelo de una parroquia de futuro. . .

Cada artículo de estos, en medio de un estilo bronco y muchas veces mortificante, nos ofrecía finalmente una luz, suficiente para conectar con la demanda concreta que cada situación de hombre o de mujer, de persona madura o de persona joven, estuvieran demandando. Tales descubrimientos luminosos pasarán a menudo acuñados como hallazgos definitivos para esa tarea siempre apasionante y difícil de decir a los hombres algo del mensaje de Dios. Su definición de fe, de Iglesia, de sacramentos o de vida religiosa, por citar algunas, han significado aportaciones definitivas. Dichas definiciones deben ser entendidas siempre como definiciones descriptivas.

Es claro que sólo esto justificaría el interés pastoral por este teólogo: las preguntas de los hombres de hoy, la necesidad de acercar el misterio de Dios al misterio humano, la apremiante búsqueda de un lenguaje para la fe, necesaria en los años cincuenta y sesenta, que estaban reclamando un giro antropológico en los planteamientos académicos, patente, creo, en las obras de Rahner. El lenguaje de la catequesis como el lenguaje de la evangelización, pensado y elaborado para conservar a los convencidos, seguía siendo algo así como bautizar desde arriba, como

adoctrinar con énfasis y seguridad apologeticos a los que se nos acercasen, como doctrinos, como si la comunicación entre lo que se pudiera decir de Dios y lo que el hombre estuviera reclamando no tuviera relación alguna. Algo así, algo así era lo que se vivía, y en lo que habíamos sido instruidos. Algo muy diferente lo que se encontraba al leer las obras de Rahner.

Ante una teología descolgada de nuestras preocupaciones, alambicada al máximo, cual era la teología de los años cincuenta y sesenta, la teología de los manuales con los que se educaban los futuros sacerdotes y evangelizadores en los Seminarios y Casas religiosas de esos años, la teología de Rahner significó entonces, desde su magnífica libertad de expresión y su profunda religiosidad, desde su talante vital -entre escéptico y esperanzado- y su asombroso respeto a la tradición, desde su inquietud por el futuro de la Iglesia y su valentía para decir sí o no categóricamente, una ventana oxigenante, una llamada a la reflexión y a la esperanza y un estímulo al compromiso.

La palabra de Rahner ha significado y ha seguido significando hasta hoy, para la personal experiencia humana y cristiana, sacerdotal y religiosa, un espacio siempre respirable y un apoyo imprescindible para un necesario saber estar ante determinadas seguridades. Decir algo de Rahner delante de otros (seculares, religiosos, sacerdotes u obispos) originaba, y origina, siempre unos determinados componentes de provocación o de sospecha. También sirven de “globos sonda” con los que apreciar ante qué público se encuentra uno en cada ocasión.

Todo esto dicho tal vez con calor, el calor de quien se siente de verdad deudor de un magisterio teológico y espiritual constante y siempre renovador, es en resumen lo que explica desde mi personal experiencia pastoral de más de cuarenta años, el interés y el reconocimiento por la obra de K. Rahner.

4. *¿Qué llama la atención en la obra de Rahner?*

Experiencia de Dios, experiencia de fe

La obra de Vorgrimler, a la que ya he hecho referencia más de una vez, plantea su segunda parte con este mismo encabezamiento. Conozco las ideas de Vorgrimler, con las que estoy de acuerdo plenamente, pero seguramente que mi exposición va a ir por otra línea de interés. Aunque sea haciendo un esfuerzo de brevedad, necesito resaltar ideas centrales de su pensamiento. El título de la obra ya citada de Vorgrimler adelanta un tema fundamental:

La experiencia de Dios en su vida y en su pensamiento.

La Teología de Rahner vive, de manera radical e insobornable, de una gran experiencia de fe. Esta es literalmente una idea del Cardenal Lehmann. Y a esta idea, a la constatación de esta experiencia, atribuye Lehmann la aceptación tan amplia que ha encontrado su pensamiento. La experiencia de Dios, la experiencia del Espíritu: de Rahner aprecio su profunda religiosidad. Vorgrimler insiste de muchas maneras en que descubramos al místico que hay en Rahner. La versatilidad con la que entra a hablar de Dios por la vía de una experiencia espiritual, de una comunicación de Dios a cada uno. Algo que Rahner aprendió de San Ignacio, de quien afirmó que era ésa la nota más peculiar de la espiritualidad ignaciana: “Dios quiere y puede comunicarse con su amigo el hombre”⁷. Al leer y querer entender a Rahner, se puede excluir una disertación teológica sobre la esencia de Dios, y él, Rahner, expresamente lo subraya, para centrarse en hablar del inabarcable, insondable, silencioso, y, sin embargo, cercano Dios; tan cercano, diría S. Ignacio y

⁷ Cfr. RAHNER, K., *Palabras de Ignacio a un jesuita de hoy*, Sal Terrae, Santander 1978, 4-6.

subrayaría Rahner, que el mismo “Creador y Señor se comunica, inmediata, con la criatura abrazándola en su amor y alabanza”⁸. Estamos ante una realidad determinante, una característica que moldeó su pensamiento y toda su trayectoria religiosa. La fidelidad a esa presencia de Dios, la sensibilidad al Espíritu que actúa en nosotros da paso a todo un magisterio espiritual: páginas en las que habla de la Espiritualidad antigua y nueva, y esa expresión que se ha acuñada como un logro, “el cristiano del futuro o será un místico o no será”.

Esta aseveración da paso a otra idea unida al tema de la experiencia de Dios que es la necesidad de plantear todo el itinerario de la vida cristiana como una atención al Espíritu. Hay vida espiritual, afirma Rahner, porque hay Espíritu Santo. Lo que reclama una disposición y una mistagogia: dejarnos guiar por el Espíritu, que exige una seriedad en el tratamiento con el que cada uno mira hacia su vida, como en la manera de entender lo que en el lenguaje piadoso de la comunidad cristiana se ha llamado dirección espiritual.

El tema de la Encarnación del Verbo y el tema de la fe

Tengo preferencia por la manera cómo Rahner plantea el tema de la fe y por el tratamiento de la Encarnación del Verbo: la indecible cercanía del misterio de Dios en la gracia acogedora y perdonadora de Jesucristo.

Justificar estas preferencias me llevaría muy lejos. Decir que me las explico desde la peculiaridad de una espiritualidad concreta, la de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio, podría parecer una forma de chauvinismo, que no es del caso. Justificar esto último no llevaría mayor trabajo, bastaría leer con detenimiento esas densas páginas en las que Rahner finge lo que San Ignacio diría a un jesuita de hoy⁹. De ese libro dijo Rahner que lo consideraba como su testamento espiritual.

Pues bien, estas dos ideas, o dos temas, fe y Encarnación, relacionan dos realidades que permanentemente afloran en su pensamiento teológico: Dios y el hombre, “el misterio sagrado que llamamos Dios” y “ese misterio que somos nosotros”. Un hombre, o una mujer, un ser humano muy concreto, cada pobre hombre o pobre mujer, como lo que cada día vivimos los hombres y mujeres, lo que billones de veces se ha experimentado previamente y se ha vivido en la historia a la que pertenecemos cada uno, lo que en cierto modo conocemos desde dentro (cada uno en sí) y desde fuera (en nuestro mundo circundante)¹⁰.

Dios y el hombre, eso es; el misterio de Dios y el del hombre. Dios y el hombre en posibilidad de relación. “El abrazo definitivo de Dios a la humanidad”, como definirá condensadamente Rahner a la Encarnación. El hombre siempre abocado a un misterio sagrado que constituye el misterio de su existencia. Misterio, lo más primordial y lo más evidente; también lo más oculto e ignorado. Dios y el hombre al encuentro: “el encuentro de Dios con el hombre es la gran caminata de Dios hacia el hombre, pero que si el hombre no se mueve, Dios y el hombre no se encuentran ni poco ni mucho”. Dios moviéndose hacia su amigo el hombre. Dios que se nos manifiesta en Jesucristo. “La gracia de Dios ya no caerá más perpendicularmente sobre el hombre”. La gracia de Dios, la autocomunicación de Dios, la tiene el hombre a su alcance en Jesucristo.

⁸ Cfr. *Ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola*, número 15.

⁹ Citado en nota 7.

¹⁰ Cfr. *Curso fundamental sobre la fe*, Herder, Barcelona 1979, 257.

“Lo simplemente cristiano del cristianismo es Jesucristo”, dice Rahner¹¹. Y, de momento, se vuelve otra vez hacia el hombre: el punto decisivo está en el encuentro con Jesús. Y otra vez, otra pregunta, no sabemos si de Rahner o si de cualquiera de nosotros: pero ¿puede el hombre saber algo, oír o conocer algo, del único Dios-hombre? Cada creyente debe saber que dentro de un pluralismo de interpretaciones puede vivir prácticamente como creyente en el entorno concreto de su existencia. Se trata, insiste Rahner, de encontrar un puesto para Dios, meter a Dios en la vida, allí precisamente donde el hombre se encuentra, en el mundo y no en el cielo. Se trata de tomar en serio esa afirmación de la fe: que el Verbo se ha hecho hombre. Jesús, Dios-hombre es el primer éxito de la autotranscendencia. El movimiento de autotranscendencia del mundo hacia lo absoluto, respecto del misterio de Dios, ha tenido su éxito insuperable en Jesucristo

Indagar el fenómenos de la fe, tal como Rahner lo hace, es acercarse al fenómeno humano. Rahner avisará que la fe no es la consecuencia lógica de un silogismo coherente; Rahner insistirá en el don gratuito de la fe y en su libre aceptación. Y en la necesidad de educar sobre esa base. Rahner renunciará explícitamente a cualquier actitud apologética. Recomendará por todos los medios la paciencia pastoral: Dios no se demuestra, ni tan siquiera necesita ser defendido por nadie¹². Dios tiene su tiempo, diferente al ritmo nervioso y pragmático de los hombres de nuestra sociedad. Rahner hará ver una y muchas veces que habría que darle la vuelta al símbolo de la fe y presentarlo cabalmente al revés: no comenzando por Dios Padre Creador, sino por el hombre, “por nosotros los hombres”. Más que decirle al hombre “crea Vd. esto”, Rahner indagará o formulará una pregunta para ese hombre, ¿en qué cree Vd.? y a partir de ahí, una catequesis de preguntas intercambiadas, unas “breves fórmulas de fe cristiana”. También será Rahner el que desde su experiencia y su sabiduría se atreva a hablar de una “fe para tiempo de invierno”, haciendo alusión a que nos ha tocado vivir una invernada, fenómeno, a su juicio, históricamente inevitable. Pero que también a su juicio, por ser un fenómeno histórico pasará, podríamos decir con alguna esperanza, se lo llevará el viento¹³.

Leer todo el discurso sobre Dios y sobre el hombre, sobre el fenómeno humano de la búsqueda de Dios, la abertura trascendental, la abertura sin límites a algo que está mucho más allá de nosotros mismos, Dios cercano y lejano, que “ni necesita de nosotros ni podemos disponer de él”, creo que es entrar no sólo en páginas, a mi juicio, literariamente definitivas, sino alimentar la esfera religiosa y los niveles de serias preguntas de cualquier persona de nuestro tiempo.

La entrega del hombre a ese misterio constituye la claridad definitiva de la fe cristiana. Aquel hombre que buscaba a Dios en el que puede verse, podemos vernos cualquiera de los que estamos aquí, cualquier hombre o mujer de la historia humana, ese que Pablo intuía buscando a Dios a tientas, con su honradez a cuesta, tiene el valor de decir que eso que buscaba lo ha encontrado en Jesús de Nazaret.

Pero este reconocimiento de Jesucristo no es para Rahner tarea de indoctrinación. Tampoco se trata de conocer como quien sabe de Isabel la Católica o de la batalla de las Termópilas. El reconocimiento de Jesucristo es fundamentalmente un acto religioso, de adhesión, de apuesta, de firma en blanco y de compromiso. Se trata de una verdadera experiencia del Espíritu. Esto vuelve a ser ignaciano.

¹¹ *Curso fundamental sobre la fe*, Herder, 1979, 214 ss.

¹² Cfr. RAHNER, K., *Algunas tesis para la teología del culto al Corazón de Jesús*, en: *Escritos de Teología* III, 369 ss.

¹³ RAHNER, K., *Fe en tiempo de invierno*, Desclèe, Bilbao 1989, 232.

Rahner, como hombre de Iglesia

Sería éste el momento y el espacio adecuados para resaltar todo cuanto Rahner ha escrito de la Iglesia. Hay que situarse junto al hombre y a la mujer que conocemos y vemos en la calle, en la realidad de un mundo que amontona preguntas y quejas, y de ahí entresacar una realidad social que aleja a los hombres de hoy de lo que significa creer en la Iglesia. La Iglesia, nos dicen los que hacen sociología de la religión, es la institución que sale peor parada a la hora de someter a encuesta el cristianismo que vivimos en nuestro siglo. Rahner terminantemente afirma que el cristianismo es una religión histórica, vinculada a alguien muy preciso: Jesucristo. Que sólo se puede pertenecer a Cristo por medio de la Iglesia, y no de otra manera. Por eso, no es posible aventurarse a vivir en modo alguno un cristianismo privado, pues de esa manera negaría su origen. Rahner ratifica este carácter histórico del cristianismo a través de la pertenencia eclesial.

Creo que es necesario tener muy delante de los ojos su particular teología de Cristo para situar sabiamente su teología de la Iglesia. No me puedo permitir entrar en esta tema. Pero si a alguien le resultara sospechoso este necesario punto de partida, porque hubiera de desembocar en una visión espiritualista y desencarnada de lo que él entiende por Iglesia le recomendaría que leyera detenidamente el *Cambio estructural de la Iglesia*, del que ya hemos hablado, posiblemente la obra más leída de Rahner. Ya hemos indicado lo que significó Rahner en el Vaticano II.

“Rahner, afirma el Cardenal Lehmann, ha sido siempre un hombre de la Iglesia. Como miembro de la Compañía de Jesús, ese ñunto nunca estuvo en él en duda, aun cuando haya tomado la palabra en forma crítica en la Iglesia”¹⁴. Se puede estar o no de acuerdo con muchas de sus actitudes y manifestaciones con respecto a la Iglesia, pero nadie podrá negarle un profundo amor a la misma. A veces da vergüenza, vuelve a decir el Cardenal Lehmann, cómo se niega incluso la buena voluntad a uno de los grandes teólogos del siglo XX. Tales manifestaciones no debieran merecer la más mínima atención. Son muchas personas, incluso generaciones, las que todavía hoy exclaman: Karl Rahner, Dios te pague lo que has hecho.

Pero, ¿existe un Rahner rebelde?

Algo de esto se ha escrito, mucho se ha dicho. Pero es necesario acudir a esto por derecho. Rahner ha manifestado de muchas maneras su fidelidad eclesial, como ha hecho gala, incluso con dolor de su libertad creyente¹⁵.

Y ¿quién de nosotros no ha vivido desde la seriedad de su pensamiento, como cristiano (Rahner añade y como teólogo), esa ansiedad de espíritu y corazón ante determinadas prescripciones del Magisterio de la Iglesia?, ¿quién de nosotros no ha deseado conceder nuestro consentimiento de manera honrada y tranquila?. Este es el Rahner, como vengo diciendo, que siempre me llamó la atención, la persona que sabía ponerse con todo su saber, con toda su hondura religiosa, de parte de la realidad humana de tantos cada día.

¹⁴ VARIOS, *Karl Rahner. La actualidad de su pensamiento*, Herder, Barcelona 2004, 32.

¹⁵ Así Rahner afirma: “Una total identificación con la esencia fundamental de la Iglesia, no significa en modo alguno que estemos de acuerdo con todas y con cada una de las cosas que se hacen en la Iglesia. Ni con todo lo que la jerarquía y el papa realizan, ni siquiera con todas las cosas que la enseñanza oficial de la Iglesia presenta. Ciertamente, para mí, el auténtico dogma de la Iglesia constituye algo que me obliga absolutamente, por eso, como cristiano y como teólogo, con cierta ansiedad de espíritu y corazón, con no poca frecuencia, debo preguntarme cuál es el verdadero sentido de una afirmación que el Magisterio de la Iglesia mantiene como dogma, a fin de concederle mi consentimiento, de manera honrada y tranquila”.

Rahner ha repetido que nunca ha tenido la experiencia de que le resultara imposible dar su consentimiento honrada y tranquilamente. Los dogmas sólo pueden entenderse en la apertura al Misterio de Dios, y sabiendo que han sido formulados en unos determinados condicionamientos históricos¹⁶. Viene a decirnos que muchas de esas formulaciones tal como han llegado hasta nosotros podrían hoy ser manifestadas de otra manera.

Pero las cosas resultan diferentes cuando se trata de algunas enseñanzas en el campo de la exégesis, de la teología dogmática o de la teología moral, que ha sido o sigue siendo mantenida por el Magisterio romano como enseñanza oficial, con la pretensión de ofrecer una enseñanza vinculante, aunque no haya sido definida. A partir de esta idea Rahner cree que la doctrina defendida en la *Humanae Vitae*, ni la declaración de la Congregación de la Fe que quiere excluir por principio la ordenación de las mujeres no reciben un fundamento convincente y obligatorio (ni por la argumentación básica en la que se apoyan, ni por la autoridad de la enseñanza de la Iglesia, en la que dicen basarse) para ser aceptadas como doctrinas irreformables.

Estas son las ideas que se han citado más de una vez como palabras y juicio de un teólogo rebelde. Rahner sabe que su trabajo de teólogo le sitúa muchas veces en el riesgo, realidad que acepta dentro de lo que él llamó alguna vez “necesidades inherentes a la historia de la salvación”, o “como expresión de aquella carencia y pecado que nunca faltará en la Iglesia de los pecadores”. Pero nada de esto afecta a la pertenencia eclesial de un cristiano y un teólogo en su relación auténticamente existencial con la Iglesia. Rahner puede comprender, incluso, que existan cristianos que se vean obligados a abandonar la Iglesia, lo mismo que admite que existan muchos hombres de buena conciencia que se sientan capacitados para realizar, en el campo moral, un tipo de acciones que su conciencia juzga que para él y “en sí” resultan condenables. Rahner siempre consideró evidente el carácter eclesial de su realidad cristiana y de su teología.

Aunque se me quedan dentro muchas reflexiones, voy a terminar. No tengo derecho a cansaros más. Al cumplir ochenta años Karl Rahner, El País de 6 de marzo le dedicó una página firmada por un alumno de Rahner y profesor entonces de la Universidad Comillas de Madrid, Alfonso Alvarez Bolado. Decía: “Karl Rahner, creyente profundo y leal, amante celoso (y, por tanto, crítico) de la Iglesia, patrocinador del diálogo de frontera, no sólo entre Iglesia y cultura, sino entre la ciencia y el incierto futuro humano. Nadie escatima hoy a Rahner su influjo decisivo sobre el perfil espiritual de la época”. Este es el testimonio de un amigo y admirador espiritual de Rahner. Pero quiero añadir el testimonio de un psicoterapeuta alemán, Albert Görres, porque al leer ese testimonio me he visto dentro de todas esas situaciones: “para innumerables cabezas cansadas y corazones heridos, para legiones de perjudicados por la Iglesia y decepcionados de Dios, Karl Rahner siempre ha encontrado las palabras de ayuda que les han reabierto el acceso y les han hecho apreciar al Dios perdido. Karl Rahner ha animado a tristes, ha enseñado a incultos, ha encaminado a los que iban perdidos, y aconsejado a los que dudan. Ha sosegado a los que habían perdido la paz y en todo ello ha alcanzado lo máximo que la psicoterapia puede conseguir: la reconciliación con una realidad aparentemente insoportable, adhesión a todo lo que es digno de ella y rechazo de todo lo inaceptable”¹⁷.

La fecundidad de un hombre creador desde el punto de vista espiritual es un misterio. Yo personalmente he dado gracias a Dios por haberme encontrado con la obra, con las preguntas de Rahner como algo inherente a la manera como el misterio se me ha hecho presente. Rahner me ha animado, me ha iluminado, me ha consolado, me ha hecho reencontrar

¹⁶ Cfr. por ejemplo *Palabras de Ignacio a un jesuita de hoy*, páginas 19s.

¹⁷ GÖRRES, A., *Wer ist Karl Rahner für mich? – Antwort eines Psychotherapeuten*, en: IMHOF, P. – BIALLOWONS, H., *Karl Rahner. Bilder eines Lebens*, Friburgo de Brisgovia 1985, 80.

la paz en demasiadas ocasiones de mi vida. Me ha facilitado una clave para traducir a otros muchos el mundo de preguntas y perplejidades en que se veían envueltos. No sé si aquí habrá algunos de ellos. Ni siquiera sé si lo que les he dicho les habrá ayudado. Lo que sí sé es que desde luego lo he intentado.